



CAPÍTULO II

Las primeras noticias de la insurrección.—Dudas y temores.—Impresión y pesadumbre en la Península.—Fracaso de la expedición filibustera Martí.—Infructuosa persecución de los rebeldes.—Máximo Gómez.—El primer encuentro y el bautismo de sangre.—Episodio dramático.



RISTÍSIMA impresión causó en el ánimo de todos los españoles la deplorable noticia del levantamiento en armas de los separatistas cubanos.

El luctuoso recuerdo de la guerra de los diez años, no se había borrado todavía de su mente, y la madre patria se resentía aun de la honda y mal curada herida que en su pecho le abriera el filibusterismo en 1868.

El corazón humano se resiste siempre á creer de momento en todo aquello que para el individuo significa ó señala una desgracia; y la magnitud de la que señalaba la noticia de la insurrección de Cuba, era tan grande para el pueblo español, que no la dió crédito en un principio.

Todo el mundo creyó que se trataba de una revuelta sin importancia preparada por los laborantes cubanos y por cuatro aventureros ó ambiciosos, que duraría lo que los fondos colectados de los trabaja-

dores empleados en la elaboración de tabaco en los Estados Unidos, toda vez que los cabecillas no eran personas de significación ni de influencia entre los separatistas de Cuba.

Algunos atribuyeron al movimiento á la natural consecuencia de la malhadada paz del Zanjón comprada á costa del oro de los españoles, después de diez años de lucha y cuando la inacabable energía y el inextinguible valor de nuestros soldados, pudo prevalecer frente al desaliento de los insurrectos y ahogar y destruir para siempre la idea de rebelión contra la madre patria.

Otros, los pesimistas y políticos de oposición, creyeron ver que el movimiento había sido preparado por los partidos autonomista y reformista de la isla, á causa de la apatía de nuestros Gobiernos en conceder á los cubanos las reformas que se les tenían ofrecidas, y de la política antillana seguida por nuestros gobernantes y aplicada por el Gobernador general Sr. Calleja, á su juicio, divisor de los partidos y génio de discordia en la isla y responsable de lo que en esta sucedía, porque sabiendo que se conspiraba y presenciando cómo en el mes de Febrero se alzaba en el Camagüey una partida, licenciaba á los soldados cumplidos, sin pedir refuerzos y sin hacer caso de lo que ocurría.

* * *

Durante los últimos días del mes de Febrero, los hilos que nos ponen en comunicación con la gran Antilla, nos transmitieron noticias tan contradictorias, que nadie, ni aun el mismo Gobierno, logró saber á que atenerse. La primera autoridad de Cuba, nos hablaba en sus primeros partes, de bandolerismo, acusando tan pronto una sublevación sin importancia, como una revolución de gravedad, un complot que aborta, como un motín que crece y amenaza avasallar todo.

Examinadas todas las noticias y telegramas oficiales, deduciase de su análisis, que ni el general Calleja decía lo que sabía, ni el Gobierno sabía lo que pasaba, ni el país conocía la verdad.

Esa nebulosa situación vino pronto á aclararla, por desgracia para España, la noticia de los primeros encuentros de nuestros soldados con los insurrectos de la manigua y los nombres de los cabecillas, conocidos ya en la anterior guerra.

Entonces se disiparon las dudas y cesó el indiferentismo del pueblo español, la opinión se rehizo, y comenzó á fijarse la atención nacional



UNA ESTANCIA Ó SITIO

en el alcance que pudiera tener para España una guerra fratricida en los campos de Cuba.

El Gobierno despertó de su apatía y sacudiendo su negligencia comenzó á disponer el envío de tropas y dinero: la primera autoridad de Cuba confesó al Gobierno la gravedad de la situación, y en todos los espíritus se engendraron temores y todo el mundo tembló ante la realidad de un hecho que agravaba el luctuoso é inmanente recuerdo de la pasada guerra.

Rehecha la opinión pública, trocóse pronto la glacial indiferencia

y despreocupación con que fueron acogidas las primeras noticias de la insurrección, en motivo de reflexión y pesadumbre, ya que el entusiasmo no cabía, por tratarse de una guerra entre hermanos, de una guerra contra desnaturalizados é ingratos hijos de una madre común; la madre patria.

* * *

Estábamos tan á obscuras de lo que ocurría en la isla, que la prensa extranjera fué la que hubo de enterarnos de la fracasada expedición filibustera llevada á cabo por los separatistas cubanos en Enero de 1895; y aún así, pocos fueron los que dieron crédito á la noticia, á pesar de los detalles con que los periódicos de Nueva York la relataron en sus columnas, calificándola de *canard yankée*.

Por desgracia, muy luego confirmó oficialmente la noticia, nuestro Ministro ó representante en los Estados Unidos, señor Muruaga, que desde sus comienzos seguía de cerca las trabajos de los *patriotas* cubanos y había excitado el celo de las autoridades de aquella República para que procedieran á una rígida investigación.

Obedeciendo á las instrucciones y órdenes que había recibido, el Administrador de la Aduana de Fernandina, señor Baltzell, ocupó en un almacén del vicecónsul de Inglaterra, señor Borden, *ciento treinta* cajas, de las ciento cincuenta enviadas por un tal Mantell, que contenían equipos para caballería y machetes como los encontrados días antes á bordo del *Lagonda*.

No negó la existencia y recibo de las cajas, el señor Borden; pero si que tuviese participación alguna con la supuesta expedición filibustera que preparaban Mantell y otro ser misterioso que le acompañaba, y los cuales habían desaparecido.

Se supuso que fueran separatistas cubanos y alma de la expedición, y hasta se dijo que se hallaban ocultos en la residencia de un conocido cubano llamado J. A. Huari que vivía en Jacksonville, y cuya casa estaba vigilada por alguaciles federales, á fin de que los presuntos filibusteros no se escaparan.

De la expedición tenían noticia hacía ya más de un mes los *patriotas* cubanos residentes en la Florida, habiéndose alistado para formar parte de ella unos treinta tabaqueros de Tampa y Jacksonville con un contingente de trescientos hombres, que estaban acampados en una isla del golfo de Méjico, esperando la llegada del vapor *Baracoa* y para quienes eran las armas y equipos encontrados en Fernandina.

Según declaración prestada por el capitán del *Amadis* en el expediente que formó el administrador señor Baltzell, el citado Borden á quien acompañaba Juan Mantell y otro sujeto de tipo español, había sido quien había tomado en Brockland el mando del buque, con el pretexto de hacer un viaje de recreo por el mar de las Antillas.

El departamento del Tesoro, en vista del resultado de la información, ordenó que el *Amadis* y el *Baracoa* fuesen puestos en libertad por no haber hallado irregularidad alguna en su documentación ni en su cargamento; y en cuanto al *Lagonda*, se dijo que se impondría á sus armadores una fuerte fianza en prenda ó garantía de que no habían de violar las leyes de neutralidad, sin perjuicio de lo que en su informe dispusiera el fiscal del distrito del Norte de la Florida á quien se comunicaría el expediente.

Mas tarde manifestaba nuestro representante al Gobierno de los Estados Unidos, que el joven que tanto había figurado en los preparativos de la fracasada expedición filibustera, no era otro que el hijo del conocido agitador cubano Marti, lo cual confirmaba la creencia de que el destino de la expedición era la isla de Cuba, resultando luego, de los informes adquiridos, que el supuesto Mantell y el misterioso perso-

naje que le acompañaba era Martí, padre é hijo, y que el hallazgo de las cajas no obedecía á la idea ni objetivo de justificar la inversión de sumas recibidas y malgastadas por los filibusteros, sino á un proyecto sério de desembarco en la isla para dar el grito de rebelión.



Al día siguiente de dar el grito de guerra de ¡Viva Cuba libre! los separatistas cubanos, en Baire y Guatánamo, tuvo conocimiento el general Calleja por confidencia particular, que uno partida capitaneada por un antiguo cabecilla de la pasada guerra recorría las inmediaciones de Santiago y había cortado los hilos del telégrafo, amenazando un ataque á la población.

El gobernador general de la isla ordenó que inmediatamente salieran fuerzas en su persecución, pero la columna á pesar de la diligencia y actividad con que acudió al sitio señalado, no consiguió dar con los insurrectos.

El general Lachambre apercibióse al frente de sus soldados á salir también en busca de los filibusteros para cortarles la retirada; pero como no pudieran precisarle la situación de éstos, tuvo que desistir de sus propósitos y esperar noticias de la columna que le había precedido.

Estos hechos habían llegado ya á conocimiento de nuestro Gobierno, y los Ministros reunidos en Consejo, acordaron conceder amplias facultades al Capitán general de la isla y ofrecerle cuantos recursos y hombres considerase le hacían falta para emprender una gloriosa campaña, á fin de sofocar en sus albores el movimiento insurreccional.

La madre patria sintió amargo desconsuelo por la suerte de sus hijos, ante el ineludible y penoso deber en que estosse hallaban de ir á luchar en la manigua, no sólo con enemigos invisibles y cobardes que por reconocernos superiores nos ódian á muerte, sino con el clima y el

vómito, enemigos los más terribles para los peninsulares, precisamente en una época la peor de todas por la proximidad del período de las lluvias, tan fatal para la propagación de la mortífera fiebre.

* * *

El general Calleja dispuso las fuerzas con que contaba en la isla para emprender la campaña, pero como eran muy escasas en número para poder atender á las exigencias y buen éxito de aquélla, no hubo más remedio que pensar en el inmediato envío de grandes refuerzos con los que sofocar por el número la insurrección, antes que se extendiera y tomara mayor incremento, comunicándose á las otras provincias.

Muy pronto se tuvieron noticias de los atropellos y fechorías de



CAPTURA DE UN ESPÍA

todas clases que en los caminos y pequeños poblados cometía el tristemente célebre Manuel García y su gente, así como que suministraba

armas y municiones á los separatistas que se agregaban á la partida de Máximo Gómez que trataba de unirse á la que mandaba el *poeta* Martí, jefes de la insurrección.

La guardia civil, guiada por un práctico, salió inmediatamente en su busca y persecución, pero infructuosamente y sin lograr obtener los resultados que se esperaban. Sólo encontró y apresó para conducirlo ante el general en jefe, á un hombre que por negarse á dar explicación alguna, infundió sospechas al jefe de la columna; pero no hubo medio de hacerle decir su nombre, ni de que justificara la procedencia de las armas que llevaba.

Uno de los guardias declaró que había visto huir á otro individuo que acompañaba al que fué preso, agitando en su huída un pañuelo; señal que no se supo ni ha llegado á averiguarse si fué un aviso para álguien que estuviere oculto, ó una manifestación de burla ó de alegría por haberse librado de la guardia civil.

Nada pudo averiguarse é infructuosos fueron los esfuerzos de los perseguidores para dar alcance á los perseguidos, ni aun conocer la dirección ó rumbo que la partida había tomado.



Al dejar consignado en uno de los anteriores párrafos el nombre de Máximo Gómez como uno de los jefes de la insurrección con el *poeta* Martí, levantado en armas al frente de una pequeña partida á raíz de haber dado el primer grito de guerra los separatistas de Baire, importa conocer, antes de pasar más adelante en la narración de los hechos que se sucedieron á la sublevación de aquel poblado, al hombre que más directamente contribuyó al actual movimiento insurreccional en Cuba, por la gran importancia que su nombre á alcanzado en el curso de la presente campaña.

Conociéndole, se comprenderá perfectamente la gran influencia que ejerce entre los separatistas cubanos.

Máximo Gómez, el conocido propagandista filibustero y hoy *gene-*

ralisimo de los insurrectos cubanos, ha gozado siempre de gran ascendiente entre los separatistas por los hechos realizados en la pasada guerra.

Nació en Santo Domingo el año 1835 y á pesar de contar ya hoy, sesenta y un años, conserva un vigor extraordinario, gracias á su naturaleza de hierro y á su especial método de vida.



MÁXIMO GÓMEZ

Escribiente de la Comandancia militar de Baní (Santo Domingo) en 1863, al terminar la guerra dominicana, en 1865, acogiéndose con otros muchos isleños al Gobierno español, del cual estuvo durante algún tiempo percibiendo una pensión.

Al estallar la rebelión de 1868, en Cuba, Máximo Gómez se fué al campo enemigo, en el que permaneció hasta después del convenio del Zanjón y donde ejerció el cargo de Misnistro de la guerra y General en jefe de las fuerzas insurrectas.

Después de firmada la paz del Zanjón, desapareció de Cuba reapareciendo al poco tiempo en Costa Rica, donde ha permanecido algunos años, trabajando siempre en favor del filibusterismo cubano y ayudando desde lejos á otros cabecillas residentes en Santiago de Cuba.

Durante cinco años, el Gobierno español le estuvo pasando una renta ó sueldo de sesenta pesos mensuales, en pago de su capitulación ó sumisión á España.

Su condición de *extranjero*, produjo sérios disgustos durante la pasada guerra entre él y los que componían la llamada *Cámara de Cuba libre*, y á los mismos cubanos les disgustó siempre que un dominicano les dirigiera y se arrogara la representación de los naturales de la isla, por lo que surgieron no pocos y sérios rozamientos que señalaron sucesos de importancia entre los mismos insurrectos.

Cuando en Enero de 1878, los insurrectos buscaron en la suspensión de las hostilidades el medio de reunir las diseminadas partidas para tratar de la paz que se les propusiera y érales imprescindible y forzosa, Máximo Gómez se situó en el potrero de San Agustín, donde en la noche del 9 al 10 de Febrero se reunieron los principales jefes y celebraron un plebiscito, que dió por resultado la capitulación y terminación de la guerra de los diez años.



Del potrero de San Agustín salieron, en la madrugada del 10 de Febrero de 1878, para el Zanjón, los comisionados que subscribieron el acta de capitulación para la paz, acordándose que á la vez se dirigieran otras comisiones á las Villas y Oriente á dar cuenta de los acuerdos del Gobierno insurrecto á las fuerzas que operaban en aquellos puntos.

Máximo Gómez, Enrique Collazo y Rafael Rodriguez acompañados de un periodista español, emisario del general Martinez Campos, salieron en busca de Maceo para comunicarle el acuerdo del Gobierno, y en poco estuvo que el jefe mulato diera fin de los comisionados al enterarse de la resolución; pero merced á la influencia que sobre él

ejercía Gómez, el cual trabajó entonces decididamente por la paz, logró convencerle de la necesidad de capitular y poner término á una ya insostenible guerra, salvándose así de las iras del intransigente mulato.

De regreso Gómez al Camagüey, y después de conferenciar en Vista Hermosa con el general Martínez Campos se embarcó para el extranjero, donde publicó un folleto en el que afirmaba que *Cuba no podía ser libre*.

A consecuencia de la publicación de aquel folleto su influencia entre los suyos sufrió mucho, especialmente para los que, como decía Maceo, *jamás le perdonaría* que hubiese sido el que minara la disciplina y diera fin á la guerra. Pero, á pesar de haber menguado su prestigio por la propaganda que en contra suyo se había hecho, dispuso al levantarse en armas al frente de su partida, de un buen número de hombres que fué aumentando cada día ganando uno y otro más prosélitos para la causa del filibusterismo, sin perjudicarle aquel folleto que tanto ruido diera al publicarlo en lejanos tiempos y que algunos periódicos reprodujeron á raíz del movimiento para presentarle como apóstata á los ojos de sus partidarios.

Prevalido de la supina ignorancia de sus hombres, de los que ninguno conoce su historia, viene recorriendo desde los comienzos de esta guerra toda la manigua, siendo el Atila de toda una comarca, apoderándose del dinero que producen sus frutos y repartiéndole con prodigalidad entre su gente para ganarse adeptos á su persona.



Sabedor Máximo Gómez el día 27 de Febrero, que Martí se encontraba muy cerca de él con su partida, determinó hacer una salida con

su gente para incorporarse á aquella, cuando á muy corta distancia tuvo el primer encuentro con un destacamento de nuestras tropas que se dirigía á un poblado próximo.

Al divisar el enemigo, aprestóse el jefe insurrecto al combate, repartiendo los sesenta hombres que capitaneaba en lugares á propósito y á cubierto de los tiros de nuestros soldados, por quedar los suyos casi ocultos por la vegetación del terreno.

Conforme avanzaban los leales, el fuego de los ocultos insurgentes les diezmaba hasta el punto de que el jefe del pequeño destacamento, sin medir el peligro ni saber contra qué número de fuerzas enemigas iba á luchar, y sin considerar que era ya bien entrada la tarde y no contaba más que con veinte y un hombres, ordenó un heroico ataque á la bayoneta que puso en vergonzosa dispersión á los insurrectos, después de una hora de sangrienta lucha.

Para poder formar juicio de la importancia de este encuentro y del valor y temerario arrojo de nuestros bravos soldados, hay que tener presente que los filibusteros se hallaban apostados y ocultos en la frondosa manigua, mientras aquellos sentían los efectos de los disparos y recibían las balas á pecho descubierto y sin poder adivinar siquiera el sitio de donde se les disparaba. Solo por instinto defendíanse de un enemigo invisible á quien no podían combatir, y solo de vez en cuando veían un hombre á caballo atravesar de un lado á otro el matorral para animar á su gente y dar disposiciones, por cierto, no siempre muy acertadas; pues al abandonar el sitio del combate, quedaron sobre el campo nueve muertos.

Aquel hombre, se dijo después que era Máximo Gómez, y los que obedecían sus órdenes, la gente que formaba su partida.

En este primer encuentro tan imprevisto como heroico y sangriento, en el que nuestros hermanos recibieron el bautismo de sangre, tuvieron aquellos veinte y un valientes, aquel puñado de héroes, dos he-

ridos y cinco muertos, cuyos nombres permanecen aún ignorados, dándose el sensible y deplorable caso de que ni en los telegramas oficiales, ni en el relato publicado en los periódicos, se hayan consignado para eterno orgullo de su patria y perdurable recuerdo de sus hermanos.

Cuando el general Calleja se enteró del glorioso hecho, dió orden de que se le presentaran aquellos héroes, á quienes elogió y prodigó mil alabanzas por su valor y arrojo, mostrándoles á sus compañeros de armas para que en ellos tomaran ejemplo, y prometiéndoles tenerlos presentes en el momento oportuno para premiar como merecían y habíanse hecho acreedores, su heróico comportamiento.

*
* *

Un detalle interesantísimo, un episodio dramático, hemos de consignar referente á ese primer encuentro, digno de ser aquí relatado, porque él prueba una vez más el concepto que del valor tienen nuestros bravos soldados..

En el fragor del combate, cuando la lucha era más encarnizada y más creciente el entusiasmo de los nuestros, uno de los insurrectos que se hallaba escondido entre unas matas, vióse obligado á salir de allí para defenderse de los que le habían visto y le atacaban.

El estrecho círculo que á su alrededor formaban los que teníanle ya acorralado y le amenazaban con una segura muerte, no le permitía hacer uso de la carabina que llevaba y hubo de acudir al machete para abrirse paso. Aquel hombre esgrimiendo la terrible arma mambís, semejaba un mónstruo, ante el cual habría temblado de miedo el más valiente.

A su horrible aspecto, vacilaron sus acometedores. Entonces un cabo, cuyo nombre sentimos no poder tampoco consignar para perpe-

tuar su recuerdo, empuñando el fusil con ambas manos y calada la bayoneta, adelantóse solo, y embistiendo con furia y fría serenidad contra aquel atleta, obligóle á salir del escondrijo. El filibustero comprendiendo y no despreciando el peligro que le amenazaba, abandonó su atalaya y arrojando á su lado la carabina, arremetió á machetazos contra el valiente cabo, á quien tronchó por completo la mano izquierda.

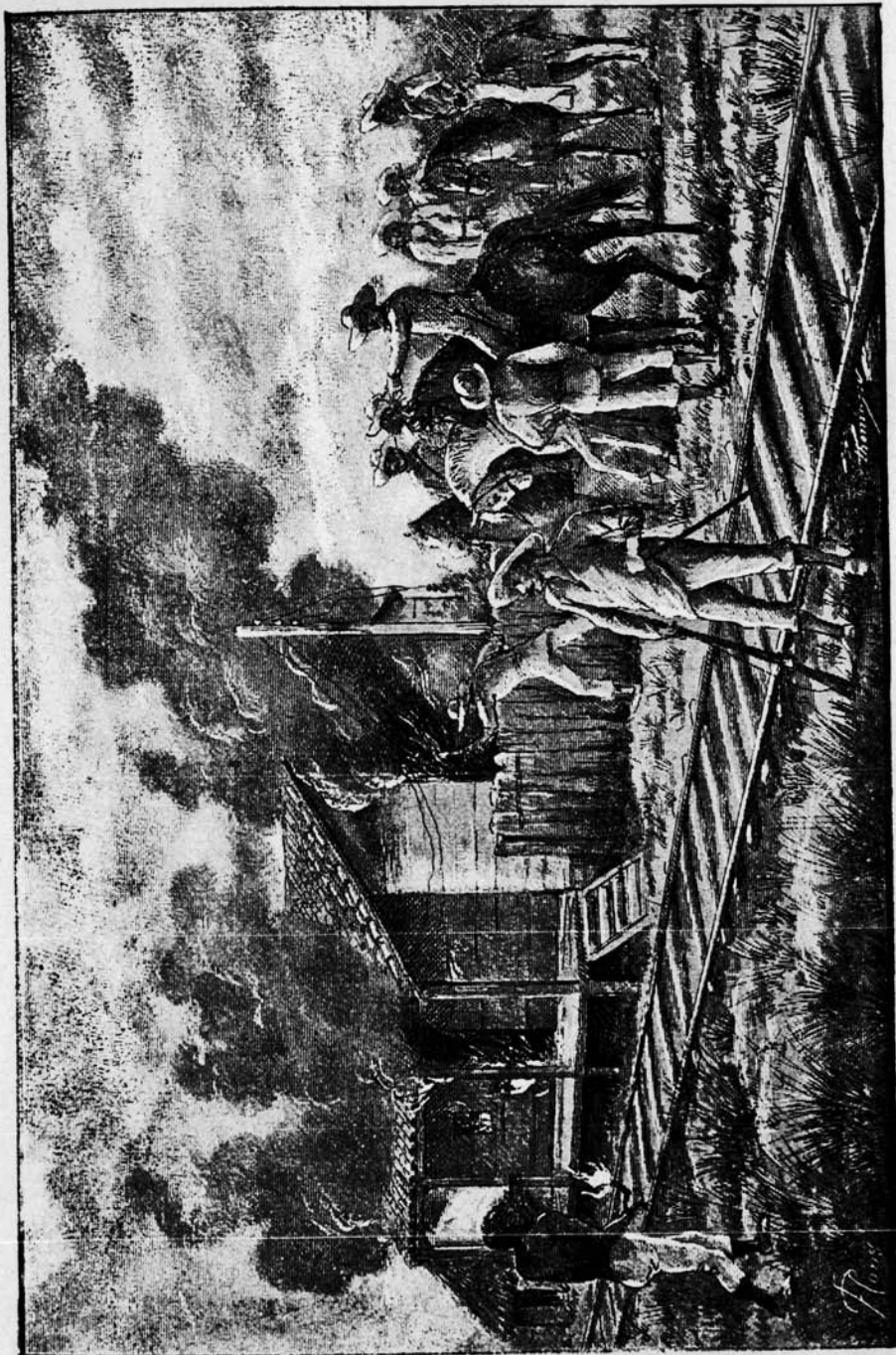
No desmayó por eso el valor de nuestro héroe, y empuñando el fusil con la derecha y procurando salvar los repetidos golpes que el mambís le dirigía, estuvo defendiéndose durante diez minutos de



y embistiendo con furia y fría serenidad...

aquella fiera, hasta que dos de sus compañeros advirtieron el peligro que corría y acudieron presurosos en su auxilio, acribillando á balazos al insurrecto.

¡Ya era hora! Extenuado de fatiga y casi exangüe, únicamente los nervios y su amor á España le sostenían; pero, aún así, fué preciso



é incendia la estación de Quivicán..... (Pág. 54)

emplear con él la fuerza para apartarle del lugar del combate. Quería luchar más, y cuando se le apartaba de aquel sitio, gritaba:

—Dejadme, que ahora se pierde ya poco si me matan.

Conducido por sus compañeros al poblado próximo, se le prodigaron los cuidados que requería la gravedad de su estado, á consecuencia de la gran pérdida de sangre que había sufrido.

¡Héroe ignorado, como otros muchos, lamentamos no poder estampar aquí su nombre para perpetuar su memoria y consagrar un imperecedero recuerdo á su heroísmo!

